

MUSICA

Reencuentro con Rafael Puyana en Segovia

El hecho de destacar el concierto ofrecido por el clavecinista colombiano Rafael Puyana del conjunto de los que han integrado el programa de la V Semana de Música de Cámara, recientemente celebrada en Segovia, responde a razones muy específicas y que nada tienen que ver con el desarrollo concreto de la propia Semana.

En las mentes de la mayoría de los reunidos con motivo de este concierto en la iglesia de San Justo —cuyas excelentes condiciones acústicas es obligado resaltar— estaba el recuerdo de la cercana actuación de Puyana en la sala Pénix, de Madrid, dentro del Ciclo «Lunes Musicales de Radio Nacional», y con ese recuerdo, la esperanza de poder comprobar que tal actuación no merecía, dentro de la carrera del intérprete, otra calificación que la de un incidente pasajero. No hay que olvidar que Puyana cuenta con el apoyo incondicional del público en

los conciertos que da en España, y que ese apoyo es justificable y merecido por encima, incluso, de lo que puedan significar sus actuaciones individualmente consideradas, por cuanto es Puyana, antes que otros, el responsable del auge del clavecín en nuestro país.

Por lo demás, la ocasión era en verdad idónea para establecer comparaciones, por cuanto el programa que Puyana iba a interpretar era prácticamente el mismo que el de su actuación para los «Lunes...», con las modificaciones estrictamente necesarias para adaptar su duración a la de un concierto «normal». Y realizada la comparación, inevitable, ésta nos devolvió la imagen del gran Puyana que habíamos oído, por ejemplo, el año pasado en su concierto del Colegio Mayor Pío XII.

En efecto: aun en la «Partita, número 5», de Juan Sebastián Bach, obra en la que el intérprete anduvo más dubitativo, pudimos apreciar detalles de esos que revelan a los auténticamente «grandes»: el ejemplo más claro es el «tempo» con que acometió la «Gigue» final. Habían precedido a la «Partita» la «Canzone Quarta», de Frescobaldi; las «Diferencias sobre el Canto del Caballero», de Antonio de Cabezón, y la sensacional «Scottish Gigue», de autor desconocido, que constituyó el punto cul-

minante —y más aplaudido— de la primera parte del concierto.

En la segunda, y tras una limpia ejecución de tres «Sonatas» de Scarlatti, iban a llegar las sorpresas. La primera, la «Fantasía Libre en fa sostenido mayor», de Carlos Felipe Emmanuel Bach, que recordábamos desde los «Lunes Musicales...» como obra alambicada y dificultosa, mientras que en esta segunda ocasión se nos reveló como una pieza admirable, excepcionalmente breve y diáfana, en prueba de lo importante que resulta la «interpretación» —en el sentido más literal del término— para comprender la música en su verdadero significado, lo que lleva en sí de vida.

Y, por fin, la segunda y definitiva sorpresa: la «Sonata número 38», de Haydn, cuyo «Adagio» no estoy capacitado para calificar de «obra maestra», si bien, particularmente, lo considero desde este concierto como una de las cosas más hermosas que he escuchado en mi vida.

Con el «Adagio», para mí, terminó el concierto. Ni el «Finale presto» de la misma sonata ni las dos propinas otorgadas por Puyana —un «Minuetto», también de Haydn, y el inevitable «My Lady Carey's Dompe»— pudieron añadir nada nuevo. Daba igual. No hacía falta.

Es una cosa rara que pasa a menudo con los

buenos músicos: sobre ellos se construyen teorías y hasta se establecen polémicas... para acabar agradeciéndoles este o aquel detalle. ■ JOSE RAMON RUBIO.

JAZZ

Chick Corea: el precio de la comunicación

«Esta música fue creada por el deseo de comunicar y compartir el sueño de una vida mejor con la gente de todas las partes».

(Ch. Corea)

Los derrotos musicales de Armando «Chick» Corea en los tres últimos años han sido fuente continua de perplejidad y/o preocupación para los que hemos seguido su evolución. Tras de su ingreso en la «scientology», esa controversial sociedad de perfeccionamiento con ribetes místicos, Corea ha anunciado repetidamente el deseo de ofrecer su música al mayor número posible de personas. Return To Forever es su

vehículo, y ante los dos LPs (1) más recientes del grupo surge la necesidad de calibrar lo que el pianista ha ganado y perdido en este proceso de popularización.

Los cambios de dirección de Corea han sido siempre violentos e inesperados. Después de su profunda incursión en el «jazz» contemporáneo más avanzado, que culminó con «Circle» (Chick, Anthony Braxton, Dave Holland y Barry Altschul), el pianista pasó a formar parte de la banda que Stan Getz puso a punto para su gira americana de 1971. La combinación del «jazz» con aires latinoamericanos le pareció nuevamente llena de posibilidades, ya que de este grupo ocasional salió la primera versión de Return To Forever, que se completaba con Joe Farrell, Stan Clarke, Airtó y Flora Purim. «Light as a feather» (Polydor 2310 247) es el segundo álbum de RTF y una espléndida muestra de «jazz» ligero, donde se funden dos culturas con exquisita suavidad. Y no olvides que al mismo tiempo que Corea disfrutaba del éxito comercial del grupo aparecían un par de LPs que le establecían definitivamente como uno de los músicos más lúcidos de nuestro tiempo: los dos volúmenes de «Piano improvisations» (ECM) contienen composiciones para piano y verdaderas improvisaciones, que ejemplifican el estilo Corea. Tanto en el piano normal como en la versión eléctrica, el sonido que extrae de su instrumento es cristalino y delicado, aparte de fácilmente reconocible por su unicidad. En su

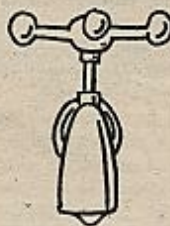
música coexisten ecos de Falla y los impresionistas con pasajes cercanos al «free», todo ello interpretado con un virtuosismo visceral. Esta mezcla personalísima de primitivismo y sofisticación produce figuras melódicas muy refinadas, pero siempre palpitantes y frescas.

En 1973, Corea alteraba nuevamente su rumbo. La segunda edición de Return To Forever es una banda de «jazz-rock» que toca a gran volumen y donde han desaparecido casi totalmente las influencias iberoamericanas. En cambio, el pianista parece seguir un modelo ajeno: en «Hymn of the seventh galaxy» (Polydor 2310 283) las similitudes con la Mahavishnu Orchestra son inquietantes, especialmente en la guitarra de Bill Connors y la estructura del grupo y los arreglos. Sin embargo, una vez superado el momento de las inevitables comparaciones, el nuevo RTF es un grupo bastante satisfactorio, que se beneficia del impulso feroz del bajo de Stanley Clarke, verdadero motor de la banda.

RTF puede parecer una aventura oportunista, pero ha hecho a Corea muy popular: en las elecciones de Down Beat de 1973 se llevó los títulos de Mejor Pianista, Mejor Compositor y algunas cosas más. Desafortunadamente, sus actividades menos rentables se han reducido al mínimo: en noviembre de 1972 grabó un hermoso álbum con Gary Burton y hace unos meses dio en Londres un recital de piano a beneficio de la «scientology».

Desde su primer LP, en 1966, todos los discos de Chick Corea han sido manifestaciones de la energía positiva de uno de los «jazzmen» más inquietos y eclécticos. Hasta las grabaciones de RTF tienen su razón de ser al presentarle en nuevos contextos. Pero me pregunto si la inactividad de la última época es solamente circunstancial o

(1) Desgraciadamente, son las únicas grabaciones de Corea disponibles en España, aparte de sus apariciones en discos de Miles Davis, Stan Getz, Airtó, Joe Farrell y algún otro. Los álbumes que registró para Vortex, Solid State (especialmente «Now he sings, now he sob»), Blue Note y ECM pueden ser difíciles de conseguir, pero son prácticamente indispensables para el interesado en el «jazz».



JUNCO